

## *Jeroboam II y sus profetas*

Joás de Israel murió después de reinar 15 años, y fue enterrado en la sepultura común de los reyes de Israel en Samaria. Le sucedió su hijo Jeroboam II y reinó cerca de medio siglo (825-775). En cierto aspecto, fue un restaurador, y durante su dominio el reino de Israel fue rico y poderoso. Apareció de nuevo el lujo, poco más o menos como en tiempo de Achab. Generalmente se tenía una habitación de invierno y otra de verano. El palacio del rey, adornado con marfil, recordaba el de los omíridas. Las voluptuosidades enervadoras del harén hacían comparar a

Samaria con Jerusalén en tiempo de Salomón. Las mujeres pasaban su vida entre placeres, y a los hombres se los representa acostados en divanes, con almohadones cubiertos de sedas de Damasco.

Esta existencia, que indignaba a los profetas, no perjudicaba el valor militar. Israel, en tiempo de Jeroboam II, recuperó parte de su soberanía sobre los pueblos vecinos. A Jeroboam le mantuvo en sus esfuerzos el profeta patriota Iona, de la tribu de Zabulón. Iona no es otro que el Jonás cuyo nombre sirvió más adelante de pretexto a un cuento bíblico muy extraordinario. Parece que el Jonás histórico fue muy buen israelita. Había profetizado que a Israel le serían devueltas sus fronteras del tiempo de Salomón, o sea Hamat y Damasco.

Moab fue uno de los países que Jeroboam II incorporó de nuevo a su reino. Desesperado Moab, intentó entregarse a Judá, pero no fue aceptado. Parece que Jonás escribió, sobre esta expedición, una larga composición profética.

Durante estos reinados oscuros, cuya cronología no podemos desgraciadamente fijar con precisión por lo mucho que se asemejan en la insignificancia de sus soberanos y de los acontecimientos, el pensamiento de Israel tomaba extraordinario vuelo. Los profetas más poderosos, los del tiempo de Achab, no habían escrito sus declamaciones. El modelo de estas «órdenes del día», proféticas, confiadas a la escritura, sólo aparece en tiempo de Jeroboam II. Estos elocuentes fragmentos no fueron escritos reflexivamente por los profetas antes de ser pronunciados, pero por su forma tan acabada, pronto se apoderaba de ellos la escritura. Eran equivalentes exactos de las *suras* del Corán, manifiestos destinados, no a ser leídos, sino a ser recitados, y que aprendían de memoria discípulos u oyentes fervorosos, confiándolos luego a pieles preparadas o a tablicas, sustancias anteriores al uso del papiro.

En el siglo VIII el profeta era como un periodista al aire libre que declamaba personalmente sus artículos, traduciéndolos a veces en actos significativos. Lo principal era llamar la atención del pueblo, reunir a las masas. Para ello, constantemente utilizaba el profeta alguno de los ardis que cree haber inventado la publicidad moderna. Se colocaba en un sitio por donde pasara mucha gente, sobre todo a la puerta de la ciudad. Allí, para conseguir un grupo de oyentes, empleaba los medios de reclamo más descarados, los actos de locura fingida, los carteles ambulantes, que llevaba él mismo. Formado el grupo, recalca las frases, las hacía vibrar, obtenía efectos, ya con tono familiar, ya con amargas chanzas. Se creaba así con esto el tipo del predicador popular. La bufonada asociada caprichosamente a un exterior tosco, se ponía al servicio de la piedad. El capuchino de Nápoles, sucedáneo edificante de Polichinela, también tiene en cierto sentido su origen en Israel.